

CAPÍTULO XXIV

El convento de la Concepción

MIENTRAS que Josesito y Arturo meditan sus planes de ataque y transcurre el plazo convenido para la interesante conferencia que debían tener, nos ocuparemos de nuestra gentil Aurora.

La Concepción es un vasto edificio casi aislado en el centro de la ciudad de México y circundado por todas partes de altos y gruesos muros. En el interior hay varios y espaciosos patios, un gran jardín, que en algún tiempo ha estado cultivado, y un canal, que también á veces ha tenido una canoa para recreo de las monjas. Además de las celdas, situadas en extensos claustros formados con arcos de cantería, hay habitaciones ó viviendas enteramente separadas unas de otras y que son otros tantos lugares solitarios edificados dentro del aislado edificio. La falta de cuidado y el transcurso de más de dos siglos ha hecho que el jardín sea un campo me-

lancólico, lleno de yerbas y matorrales, que el canal se azolve, y aquellas viviendas, que otras veces estaban alegres y aseadas se llenen de polvo y telarañas por falta de religiosas que las habiten, pues siendo ya en menor número se han reunido en los claustros más acompañados, abandonando el resto del convento.

Este lugar escogió Aurora para su retiro. Los primeros días fueron penosos y tristes por demás: del bullicio del mundo pasó al silencio del convento: su calzado de seda lo cambió por uno tosco y burdo de cordobán: sus enaguas bordadas y llenas de encajes fueron reemplazadas por una modesta ropa interior de algodón, y sus anchos vestidos de *moirée* y de *gros* se redujeron á un angosto sayal blanco y á una toca negra, que engastaba primorosamente su angélica fisonomía. Era una monjita primorosa: tenía algo de la inteligencia y del brío mundano de Sor Juana Inés de la Cruz, la monja poetisa que tanta gloria y fama ha dado á nuestro país.

Aurora, como novicia en el claustro, era extremadamente exacta en la observancia de las obligaciones monásticas: asistía al coro, oía la misa, y cumplía con los demás rezos y ejercicios con tan singular compostura y devoción, que en muy poco tiempo se captó el afecto de las superiores; y esto contribuyó á dar á su vida una poca más de amplitud y de distracción. Como cantaba y tocaba bien, se le encomendó el órgano; y como era pulida y curiosa para las obras de manos, pasó á ayudar á las madres sacristanas. Estas nuevas ocupaciones, y el haber, por fin, establecido en una celda cómoda, aseada y alegre, donde la acompañaba una de las criadas de más confianza de la casa, hicieron que cambiase enteramente

su humor, y que adoptase la vida del claustro, á cabo de algunas semanas, no sólo con resignación, sino con positivo gusto, y aun podría decirse entusiasmo. Las monjas que notaron esto, no pudieron menos de hacerle mil elogios, y de animarla á que sin pensar más en el mundo y en sus engañadoras pompas, se resolviese á profesar, y á no salir, por consecuencia, en el resto de sus días, de aquel venerable y santo asilo.

Se levantaba antes del toque de alba; empleaba media hora en asearse, y se dirigía después al coro: regresaba á su celda, tomaba su buen pocillo de chocolate, y se dedicaba en seguida á preparar, en unión de las hermanas sacristanas, lo necesario para el servicio divino. Después volvía al coro, se sentaba al órgano, y allí pasaba una larga hora entre devota y divertida, tocando *El Pirata*, *La Norma*, *La Lucía*, *Los Puritanos*, *El Barbero*, toda la música profana de los maestros italianos. Así que se acababa el servicio, las novenas y jaculatorias, bajaba á la portería: este era el rato más agradable: fruta, dulces, galletas, mercería y otros efectos de comercio, cuanto se puede apetecer se encuentra á ciertas horas en la portería de los conventos de monjas; y este momento, en que se ven gentes extrañas que pueden sin trabas entrar y salir á sus casas, es tal vez cuando muchas cambiarían su perpetuo encierro por la libertad de una frutera. Cuando se cerraba la portería, subía á refectorio, y después daba sus paseos por los patios del espacioso convento, y cansada ya de este ejercicio, se retiraba á su celda, empleando el tiempo que le dejaban libre las distribuciones de la regla, en lecturas piadosas, ó en coser y bordar. Así iban transcurriendo los días unos tras otros, iguales, tranquilos, dedicados al trabajo y á la contemplación

de los problemas de la vida futura, y Aurora había perdonado en el fondo de su corazón todas las injurias, desprecios é ingraticudes de las gentes del mundo, y olvidando cada vez más el lujo, las diversiones y los placeres, se consideraba como una persona que, después de atravesar campos amenos, valles floridos y mares ya tranquilos, ya irritados y tempestuosos, llega á un puerto solitario, sosegado, triste si se quiere, pero donde encuentra la calma y el sosiego de que no había podido disfrutar en su vida anterior.

Florinda y Carmela, que eran las únicas que la visitaban, no faltaban cada jueves al torno ó á la reja; y la madre, que continuaba sufriendo sus ataques de sofocación, apenas de vez en cuando se aventuraba á preguntar por su hija. Esta frialdad lastimaba profundamente á Aurora; pero en vez de enfadarse, refería este sufrimiento á Dios, y le pedía que le concediese á su mamá largos días de vida.

Un domingo, como de costumbre, asistió Aurora en el coro á la misa conventual: cuando, después de haber acabado de tocar el órgano se retiraba, echó por casualidad, y sin intención, una mirada á la iglesia, y creyó que entre la gente que salía, había alguno que era Arturo, ó se le parecía. Procuró alejarse, y desviar como un mal pensamiento la imagen profana de un hombre, que ella decía que no amaba ya, y que había olvidado completamente: sin embargo, no fué así, y eso sucede con los místicos llaman tentaciones, que es imposible de todo punto dejar de pensar en ellas: si no valió á San Gerónimo retirarse al desierto, pues allí lo perseguían las hermosas matronas romanas, fácil es concebir que Aurora no podría desterrar de su mente la imagen querida

del que amaba con todo su corazón. Se propuso no asistir durante quince días á coro, pretextando enfermedad; pero contra este propósito, al siguiente día, más temprano que de costumbre, ya estaba en él, y no podía apartar su vista de la iglesia, observando á todos los que entraban y salían. En ocho días no volvió á presentarse Arturo ni ninguno que se le pareciese, pero al domingo siguiente, á la hora de la misa mayor, los ojos de Aurora descubrieron la misma figura interesante: Aurora no había logrado ver bien la cara, pero su corazón latía tan fuertemente, que no le cabía duda de que era él, aun cuando no lo hubiese visto. Como Aurora no quitó los ojos al salir la gente, Arturo levantó la cabeza, y miró al coro alto: ya no le quedó duda; era él, más pálido, con la barba más poblada, con los ojos más tristes, pero tan simpático, tan bien parecido, como el día en que lo había recibido en la tertulia de su casa. Desde ese día pudo decirse que Aurora sucumbió á la tentación: asistía con repugnancia á las horas de coro; no podía meditar en los misterios por más que lo procuraba, y los días le parecían cargados de tristeza y de sombra. Aquellas altas paredes que la separaban del mundo, donde podía ver á Arturo, y hablar con él, y decirle sus amores, sus quejas y sus celos, le inspiraban miedo; aquel campo sembrado y aquellas habitaciones solitarias le parecían tantas tumbas.

—¿Aquí? ¡Dios mío! ¿aquí he de permanecer todavía los treinta ó cuarenta años que me queden de vida?... Si al menos me muriese dentro de dos ó tres años, yo sufriría resignada; pero ¡tantos, tantos días, todos iguales, sin que en ninguno de ellos se espere una cosa nueva!... El coro, la misa, el rosario, el oficio divino, ¡todo

á las mismas horas, todo lo mismo!... ¡Y todos los días sin esperanza de variar, sin esperanza de ver otra cosa de salir de aquí, de hablar con mis amigas, de ver otras fisonomías!... ¡Oh! yo me ahogo, me muero en vida en este gran sepulcro, donde no veo el horizonte hermoso de México, sus espaciosas calles llenas de edificios, sus montañas azules, sus campos cubiertos de árboles y flores...

Estas y otras reflexiones hacía la muchacha, y ansiaba por que llegase el jueves, día en que recibía la visita de su amiga. Aurora no pudo platicar lo que deseaba, pero que había en la portería otras religiosas; pero le entregó una carta diciéndole en voz alta que era para su madre, pero haciéndole seña con los ojos de que la abriese y leyese. En esta carta le pintaba, aunque lacónicamente, su inquietud y la vida tan amarga que pasaba en el convento, y le rogaba dos cosas: primera, que se informase si Arturo por fin se había casado; y segunda, que pasase á ver á su madre, para que la sacase del convento, porque ya no quería estar en él. Florinda, que comprendió en ese momento lo que pasaba en el corazón de la muchacha, procuró servirla con la mayor eficacia. De los informes que adquirió, resultó que Arturo no se había casado, que se hallaba en México de vuelta de sus viajes al interior, y que había preguntado por Aurora con mucho interés á Josesito, que, como hemos visto, visitaba de vez en cuando á la viuda. No quiso perder tiempo Florinda, sino que tan luego como adquirió estas noticias, escribió una larga carta á la muchacha, consolándola, conjurándola á que saliese del convento, y prometiéndole su ayuda y la de Luis, que se había conducido con tanta actividad é inteligencia en los negocios que le habían en-

comendado. No quiso Florinda fiar la carta á ningún criado, sino que en compañía de Carmela, y sin esperar el jueves, fué al convento, hizo que bajase Aurora, y le entregó la carta, en unión de algunos regalos, que nunca dejaba de prepararle. Aurora respiró con la lectura de la misiva de su buena amiga: el mundo, las riquezas, el amor, todo volvió en un momento á presentarse á su juvenil imaginación, con aquel aparato mágico y seductor de las cosas de este mundo.

—¡Es lo más singular!—decía Aurora;—desde el momento en que tengo esperanza de salir de aquí, rezo con más devoción, asisto con más voluntad á los ejercicios y prácticas del convento; en una palabra, quiero más á Dios, y lo veo bueno y bondadoso conmigo. Si hubiera profesado, si estuviera obligada á no salir de aquí en el resto de mis días, ¡cuál sería mi situación, qué días tan amargos no pasaría, qué noches tan crueles, pensando que no había esperanza! ¡Oh! no, yo saldré de aquí, haré muchos beneficios al convento con mis bienes; pero tendré mi libertad, viviré en sociedad con mi madre, cuyo cariño volveré á conquistar; con mi buena amiga Florinda; con Carmela, cuya educación completaré...

Y añadía, suspirando profundamente:

—Quizá en compañía de Arturo, que me amará: sí, me amará seguramente en cuanto me conozca, y sepa que no soy una mujer loca, coqueta y disipada, sino una joven que no ha perdido ni su honor ni sus buenos sentimientos.

Con estas y otras ilusiones, Aurora pasó otra semana; pero comenzó á ponerse triste, y á concebir serias alarmas, cuando habiendo pasado el jueves, su amiga Florinda no apareció en el torno, según lo tenía de costum-

bre. No pudo contener su inquietud, y la envió á llamar con el demandadero del convento: Florinda no fué sino hasta el sábado, le entregó una carta, y se marchó. La carta decía así:

«Querida amiga: No puedes tener idea de todos los esfuerzos que hemos hecho Luis y yo en tu favor, pero todo ha sido infructuoso: tu mamá, inmediatamente que le dije que tu deseo era salir del convento, tuvo una conferencia de más de una hora con D. Pedro y el padre Martín. Después de que se fueron, me mandó llamar y con el tono áspero que le conoces cuando se incomoda y le amenaza la sofocación, me dijo que yo era la que andaba inquietando á su hija, y procurando que su prima se perdiera; que mientras ella viviera, no había de permitir que pusieras un pié en la calle; que antes bien en cuanto cumplieras el año de noviciado, te haría profesar: por último, que jamás volviese yo á poner un pie en su casa. Debes figurarte que salí de allí como si pisase sobre abrojos: la vergüenza y la cólera me ahogaban, pero me callé, recordando tus finezas y tu tierna amistad, y teniendo presente que al fin era tu madre. Al salir, me encontré con el padre Martín, que me esperaba para echarme otra reprimenda, y notificarme que no me darían ya los doscientos pesos mensuales que tú asignaste á Carmela y á mí. No pude contenerme, y dije al padre algunas cosas fuertes; pero la cólera y el gran disgusto me produjeron una enfermedad, que me impidió verte el jueves y aun escribirte. El golpe va á ser muy fuerte para tí; pero ha sido necesario hablarte con toda claridad. Luis ha visto á un clérigo amigo suyo, hombre de mundo y de experiencia, y los dos hablaron largamente

mente con tu mamá; pero cada vez está más encaprichada, tanto más, cuanto que le han dicho que D. Francisco está para llegar, y cree que esa es la causa por que te quieres salir del convento. Yo no sé qué hacer por tí, Aurora querida, y estoy, como debes figurarte, llena de aflicción. No desconfíes, sin embargo, pues Luis me ha prometido, que aunque sea necesario el sacrificio de su vida, te libertará de tus enemigos. Ten paciencia, entre tanto vuelve á escribirte tu amiga que te ama—*Florinda.*»

La lectura de esta carta despertó en Aurora todo su orgullo y todas sus enérgicas pasiones.

—¡Conque me quieren enterrar viva en una cárcel que llaman convento, para apoderarse de mis bienes, para privarme de la libertad, de la dicha, de mi libre albedrío, de todo lo que Dios ha dado á la más pobre y miserable de las criaturas?—exclamó Aurora estrujando la carta entre las manos, y dejando caer su cabeza sobre una pequeña mesa de madera blanca que había en la celda.

—¡Oh! no, ¡vive el cielo! que no será así, y que si se me oprime y se violenta mi carácter, haré cosas que darán mucho que decir en el convento y en todo México.

Aurora tomó la pluma y escribió:

«Señora y madre mía: Dentro de ocho días precisamente quiero estar ya fuera del convento. Veá usted como dispone las cosas, para que esto se ejecute, y yo recobre mi libertad, el caudal que me dejó mi padre y mi libre albedrío para elegir el estado que más me acomode. Estoy bien impuesta de lo que pasa, y sé todo lo que se hace en mi daño. Sea usted en este trance de mi

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CAPILLA ALFONSO X

vida mi verdadera madre, y sírvame de apoyo, de guía y de consuelo. Si por otras causas no obra usted como yo deseo, no me culpe si tomo resoluciones extremas. Una mujer de mi carácter y de mayor edad, cuando se decide á seguir un camino, es temible. Ruego, suplico, lloro y no amenazo; pero usted conoce á su hija, y no contribuya á la desgracia de su infeliz — *Sor Maria de las Nieves.*»

Aurora remitió esta carta á su amiga Florinda, con encargo de que la enviase inmediatamente á su madre, y recogiese la respuesta, y esperó resignada, sin demostrar sus pesares, ni variar en lo más leve sus distribuciones. El domingo, como de costumbre, ó vió efectivamente, ó creyó ver á Arturo.

El jueves se presentó al torno Florinda, y llena de alborozo, le entregó una contestación de la madre y otra carta para la superiora del convento.

—Creo que todo está ya arreglado, querida amiga,— le dijo Florinda; — Luis ha tenido una larga explicación con D. Pedro, el cual se mostró muy interesado en tu felicidad, y prometió que hablaría con tu mamá, y tus deseos serían cumplidos. Tu mamá estuvo á punto de morir al leer tu carta: pero después de haber hablado con D. Pedro, cambió, y me mandó decir que podía darme de nuevo de los doscientos pesos; que te viera que te consolara, y que te diese muchos consejos. Ayer me envió esta carta para tí, y esta otra, que inmediatamente entregarás á la madre abadesa.

Aurora no pudo contenerse, el torno y las gruesas papeles impidieron que saltase al cuello de su amiga, pero rompió el lacre de la carta, y leyó:

«Querida hija: He recibido tu cartita; y aunque me causó mucho pesar, te aseguro que encontrarás en tu madre todo el apoyo que deseas para labrar tu dicha. No debes olvidar que la voluntad de Dios es superior á la nuestra; así, ten paciencia; tus pasiones calmarán poco á poco y sin sentirlo encontrarás la felicidad que sin duda te ha quitado el enemigo del género humano. No podrán cumplirse tus deseos tan pronto; pero, repito, debes contar con que tu madre hará lo que sea mejor. Entre tanto te ruego que tengas resignación, y no desconfíes del apoyo y verdadero amor que te profesa — *Tu Madre.*»

—No sé qué pensar de esta carta, Florinda; la he leído tres veces, y la verdad, no entiendo lo que mi mamá me quiere decir. Apostaría un ojo á que no la dictó ella. Conozco su estilo y jamás acostumbra andar con esos rodeos. Decididamente no entregaré la carta á la Abadesa.

—Si su reverencia quiere,—dijo la *madre escucha*, que sin duda oyó las últimas palabras de Aurora; — yo entregaré esa carta á nuestra madre; cabalmente se acerca por acá.

Aurora no pudo ya ocultar la carta, y la entregó á la *madre escucha*, la que en el acto la puso en manos de la abadesa, que en efecto pasaba en aquel momento cerca de la puerta.

Aurora y Florinda, llenas de tristeza, se despidieron con cierto presentimiento de que no volverían quizá á verse en mucho tiempo. Al día siguiente, de orden de la superiora, se quitó á Aurora el encargo que tenía de ayudar en sus quehaceres á las madres sacristanas; se

le prohibió que bajase al torno, á la portería y á la reja, á no ser que fuese llamada por su madre; se le escondió el papel y el tintero, y se le privó de la criada de confianza que la acompañaba. Las demás monjas, que en los primeros días la agasajaban y le decían muchas palabras cariñosas, comenzaron á retirarse de ella, á evitar su conversación, y á hablarse en secreto cuando pasaban junto á ella. Aurora, resignada, sufrió todo esto.

—Si me privan de tocar el órgano el domingo, entonces ya no habrá remedio; daré un escándalo el más notable que pueda; inventaré, y haré una cosa que haga que mi madre se arrepienta de haberme tratado así.

El domingo subió al coro á tocar el órgano. La misa mayor y las demás de costumbre se acabaron; la gente salió, y el sacristán sonaba las llaves, sin que Arturo hubiese aparecido. Aurora sintió que la respiración le faltaba y que un dolor agudo lastimaba su corazón. Dos de las religiosas la condujeron á su celda y la dejaron en la cama más muerta que viva, dando inmediatamente aviso á la abadesa.

CAPÍTULO XXV

Donde se decide el casamiento de Josesito

JOSesito, acicalado, lleno de perfumes, con el cabello lustroso y perfectamente arreglado, con su bastón en una mano y sus guantes en la otra, se presentó en el cuarto que ocupaba Arturo en el hotel de la Gran Sociedad el día y hora que convinieron para la cita.

—Me va usted á permitir, Josesito, — dijo Arturo al verlo entrar, — que me acabe de vestir. Tire usted esa ropa en la cama, siéntese en el sillón, y váyame diciendo su plan.

—Mi plan, señor Arturo, es muy sencillo. Deseo en primer lugar, llevarlo á usted á visitar á Celestina.

—¡Cáspita! — contestó Arturo, llenándose la cara de jabón con una brocha, y comenzando á rasurarse;—¿y si el viejo, ó el teniente de lanceros nos encuentran allí?

—No hay cuidado, amigo mío,—respondió Josesito;—he dicho á usted, según recuerdo, que el bárbaro te-

niente de lanceros está en la frontera; en cuanto al viento no hay ningún peligro; tenemos puerta secreta por donde salir en caso de que él llegue, y si usted me ayuda, sería mucho mejor que nos encontrásemos mano á mano con Celestina, porque quizá de esta manera, ó las cosas terminaban pacíficamente, ó hacíamos una de pópulo bárbaro.

—¡Bravo! me gustan este brío y esta decisión,—le replicó Arturo,— y estoy de acuerdo en todo; pero desearía saber con qué objeto me presentará usted á Celestina?

—Con el objeto de que la convenza usted de que se case conmigo, que abandone definitivamente á D. Pedro, y que me quiera á mí solo, á mí solo. Sin duda usted no comprende, señor Arturo, lo que son celos, y lo violenta que es una situación tal como la mía.

—Yo no creo que tendré ninguna influencia en el corazón de una mujer que no conozco; pero si usted juzga que puedo servir de algo, no me opongo; iremos á ver á Celestina, aun cuando no sea más que por tener el gusto de conocerla; pero arreglado ya este punto, faltaría que me dé usted los informes que me prometió adquirir respecto de Aurora.

—Con mucho gusto, y los tengo tan exactos como usted puede desear. Aurora está en el convento de Concepción.

—Lo sabía ya,—replicó Arturo,—y no he dejado de ir todos los días á la iglesia; pero jamás la he podido descubrir entre las monjas. El domingo creí que era la que tocaba el órgano.

—Pues de seguro era ella,—interrumpió Josesito.—Como toca el piano á las mil maravillas, y la madre organista se ha enfermado, tiene ahora esa comisión.

—¡Qué tonto!—exclamó Arturo soltando la navaja con que se rasuraba;—el último domingo no fui á la iglesia por haberme quedado en la cama hasta las once leyendo periódicos.

—Positivamente es una falta, señor Arturo, porque la noticia más importante que tenía yo que dar á usted, es que Aurora ama á usted hoy más que nunca.

—¿De veras?—contestó Arturo.

—Lo sé á lo dudarlo; pero quien puede dar á usted sobre esto cuántos pormenores quiera, es Florinda, la amable Florinda.

—La iremos á ver en el acto,—contestó Arturo;—no dilato dos minutos.

En efecto, con la mayor presteza se acabó de peinar y de vestir.

—No olvide usted, señor Arturo, que me ha prometido ir conmigo á casa de Celestina.

—Lo dejaremos para la noche.

—Imposible; ella nos espera á esta hora, y podremos hablar sin temor de ser interrumpidos por D. Pedro; y además, sería importunar á Florinda visitarla tan temprano. Recuerde usted que no es la Florinda rica de otro tiempo, sino la Florinda pobre, que tiene que asear su casa, que ayudar á la criada á hacer el almuerzo, y que vestirse en seguida; así, después de medio día, seremos mejor recibidos.

—Está bien, Josesito; haré este sacrificio, pero es mucho esperar tres ó cuatro horas, cuando se trata de hablar de una mujer tan adorable, que quizá en este momento sufre, y se halla sujeta á la tiranía más espantosa.

—Mucho me temo que haya algo de cierto en lo que

dice usted, pues Florinda me ha dicho que hace una semana que no logra ver á su amiga, por más esfuerzos que ha hecho; pero, repito, si fuésemos á estas horas, la pobre Florinda se mortificaría mucho de esto.

—Está bien, vamos á casa de Celestina, y después de almorzar no habrá nada que nos impida el visitar á Florinda.

—Me presumo que no, á no ser que nos suceda alguna aventura imprevista.

Los dos jóvenes salieron del cuarto, bajaron las escaleras con precipitación, entraron en un coche *simón* que los esperaba, y pocos minutos después descendían en la casa de Celestina, situada como hemos dicho, en la Alberca de San Cosme.

Arturo quedó sorprendido del lujo y belleza de la habitación que en Francia habría merecido el nombre de «Hotel,» pero mucho más, cuando abriéndose una cortinera, se presentó una mujer vestida con una bata de seda negra con pasamanería y cordones color carmesí, esparciendo aromas, y llenando, por decirlo así, la sala con su espléndida juventud.

Josesito le tendió una mano, y ella, con una amable sonrisa, le saludó, y se dirigió después á donde estaba Arturo, que se había quedado cerca de la puerta de entrada.

—Celestina, te presento á mi mejor amigo, el señor Arturo, y te proporciono la ocasión de que conozcas á uno de los jóvenes más elegantes de México; te hablo ya de él muchas veces.

—Pero nunca me habías dicho su nombre. ¿Se llama el señor Arturo?

—Servidor de usted, señora, — contestó Arturo,

lancándose hasta el sofá, y saludándola graciosamente.

Celestina se quedó mirando fijamente á Arturo, y él á Celestina, hasta que Josesito los sacó de esta especie de distracción, invitándolos á que se sentaran, y haciéndolo él mismo en uno de los sillones.

—En verdad, Celestina, me ha llamado la atención la fisonomía de usted. Aunque menos robusta, yo he visto, y quizá en mi misma casa, una persona que se parece absolutamente á usted.

—¿Y no puede usted, reflexionando bien, recordar exactamente á esa persona?—le preguntó Celestina.

—Tantas cosas han pasado por mí, que difícilmente podría recordar á las personas que he visto pocas veces.

—Vamos, no hay que apurar la memoria,—dijo Josesito,—quizá en el curso de la conversación se aclarará que ustedes se conocen hace muchos años.

—Cuando el señor Arturo era rico y elegante, y no pensaba más que en los amores y en las diversiones, no podía fijar su atención en una pobre,—dijo Celestina;—pero si apura un poco su memoria, entonces...

Arturo se quedó pensando un rato, y después dijo:

—Acaso una muchacha á quien mi madre quería mucho, y que se llamaba Loreto, será la que se parece?

—Es mi segundo nombre, y yo soy la misma que debí los más grandes favores á la madre de usted, señor Arturo.

—¿Es posible? ¿Con que tú eres la misma que tenías cuidado de nuestra casa, la que se interesaba por la economía y buen orden, la que consolaba á mi madre cuando yo le daba con mis locuras algunas pesadumbres?...

—La misma, señor Arturo, que salió á recibir á usted hasta el Peñón Viejo con la señora, el día que llegó de Londres.

—¡Qué torpeza! debí haberte reconocido desde el momento; pero en verdad que han pasado tantas cosas... y por otra parte, no esperaba verte en este palacio y con este lujo...

Celestina se puso un poco encarnada y bajó los ojos.

—No hay que avergonzarse, Celestina; Josesito me lo ha contado ya todo, y sé que en el fondo eres una excelente muchacha. ¡Vaya! ya que tanto quisiste á mi madre, déjame que por su recuerdo te dé un abrazo. Josesito no se encelará, ni se mortificará de que yo te trate con esta confianza.

—¿Encelarme de usted, señor Arturo? ni por pienso. Podría tener motivo para ello, porque al fin usted es más elegante; y en cuanto á mortificación, ¿qué quiere usted no todos nacemos ricos.

—No hay que figurarse, amigo mío,—contestó Arturo,—que Celestina era una fregona, ni aun simple costurera; por el contrario, era la ama de la casa, y disponía de todo; ella lo puede decir. Mi madre no le pagaba su salario, sino que la vestía, le daba el dinero que quería, tenía como á su hija. ¿Es cierto, Celestina?

—Cierto,—contestó Celestina algo enternecida;—y todavía es más cierto que desde que murió la señora, mi vida fué muy distinta. ¿Qué quería usted que hiciera una muchacha acostumbrada á la buena vida y á las comodidades? Y además, me faltaron los consejos de la señora...

—¡Bah! no hay que hablar de eso, Celestina; y pues que eras tú en otro tiempo la mano derecha de mi ma-

dre, yo deseo ahora servirte en cuanto pueda. ¿Amas á Josesito?

—Es el único amor que he tenido en mi vida.

—¿Estás dispuesta á abandonarlo todo por él?

—Todo; pero no lo hago por miedo al hombre que usted sabe. Seguramente perdería á Josesito.

—¿Y si yo tomo este negocio por mi cuenta, te casarás con él?

—No, casarme, eso no.

—¿Y por qué?

—Vea usted, señor Arturo: yo aunque tenga este vestido de seda y estos muebles, no soy más que una pobre; Josesito es de familia muy decente, tiene su carrera, sus buenos amigos y sus relaciones con la gente rica. Cuando estuviese ya casado conmigo, quizá me echaría en cara mi origen, mi vida, mis mismos extravíos.

—Lo he pensado, Celestina, y estoy resuelto á todo, si tú consientes;—interrumpió Josesito, tomándole las manos.

—No quiero ser ingrata,—contestó Celestina con mucha ingenuidad,—y pongo este negocio en manos del señor Arturo; si él, después de pensarlo, decide que nos casemos, en el acto abandono esta casa; si por el contrario, hemos de quedar así, es menester tomar alguna otra determinación. Los disgustos diarios que tengo con D. Pedro me han colmado la paciencia, y en un momento de cólera y de enojo no seré dueña de mí. Usted, señor Arturo, es hombre de mundo y comprenderá de qué causa proceden estas desazones, y con todo y esto, José por su lado me ceta y me riñe. Es una injusticia.

En esta conversación estaban, cuando se oyó el ruido de un coche que paró en el zaguán. Celestina se levantó y espizó por el balcón.

—¡D. Pedro!—dijo,—y no hay tiempo de que puedan salir, porque ya sube la escalera. ¡Es cosa rara qué venga á estas horas!

—Nos quedaremos;—dijo Arturo con firmeza.

—No, será mejor que entren al costurero, que tiene salida para el corredor. Es necesario evitar un escándalo: este hombre es muy temible... no hay tiempo que perder, pues ya llega.

Arturo y Josesito entraron al costurero casi al mismo tiempo que D. Pedro abrió la puerta de la sala.

—¡Es cosa extraordinaria tener á usted tan temprano por acá! ¿Se ha ofrecido algo?

—No, no es cosa de importancia, Celestina,—contestó D. Pedro haciéndole un cariñito en la mejilla,—sino que como tuve que ir á Merced de las Huertas, se me ocurrió llegar, y saludarte un momento. ¡Puf! ¡y qué calor comienza á hacer ya!

D. Pedro se arrellanó en un sofá, Celestina se sentó en un sillón, y permanecieron más de un cuarto de hora en silencio.

Arturo ya estaba impaciente, y quería salir y aprovechar la ocasión para habérselas de una vez con el hombre que tanto lo había ofendido; Josesito lo contuvo haciéndole algunas reflexiones, y sobre todo manifestándole que podía poner en riesgo de nuevo sus amores con Aurora.

Después de tan largo silencio, D. Pedro se inclinó al suelo y tomó un guante que había dejado olvidado Josesito.

—En el olor del almizcle,—dijo D. Pedro con calma,—reconozco que este guante es de José.

—Se equivoca usted de medio á medio: ese guante es del dependiente de usted, que ha estado aquí esta mañana á traerme el dinero que usted me envió.

—Entonces me lo llevaré para entregárselo.

—Como usted guste.

—Y dime, Celestina,—continuó D. Pedro echándose el guante en la bolsa,—¿tendrías inconveniente en que entrásemos por toda la casa?

—No sé para qué,—contestó Celestina con seguridad;—pero no tengo ninguno. Vamos.

—Tengo que hacer unas composturas; los muebles no son ya de moda, y es necesario reponerlos; conque así daremos un vistazo por las piezas.

Celestina se puso en pié, y guiando á D. Pedro, tosió fuertemente dos ó tres veces.

—Estás, según parece, un poco acatarrada.

Celestina no contestó y siguió su camino. Arturo y Josesito, que oían todo lo que se hablaba, salieron por la puerta del costurero, que daba al corredor, y mientras D. Pedro seguía su visita en las recámaras, ellos entraron en la sala sin ser sentidos ni vistos del tutor.

Al cabo de un momento, que sintieron de nuevo los pasos del viejo, que regresaba, y la tos significativa de Celestina hicieron la misma evolución, y volvieron á entrar en el costurero; pero el tutor encontró en el gabinete algunos trofeos más, que eran el otro guante de Josesito y su bastón.

—Ahora, querida Celestina, no me podrás decir que este bastón es de mi dependiente, porque es el mismo que yo regalé á ese tunante de José: tenía mis noticias

de sus visitas, y me proponía sorprenderlo. En cuanto á tí, no es nuevo eso, y admiro la paciencia con que he sufrido y la constancia con que he gastado el dinero en una miserable sin fe y sin palabra. Ahora no tendremos lo de antes: puedes quedarte con las escrituras y papeles que quieras. En ellas consta que la casa y todo lo que contiene lo has comprado á reconocer; y como cumple mañana el plazo, vengo á que me pagues el dinero, y si no lo haces así, vendrá un agente de negocios y te pondrá con lo encapillado, de patitas en la calle. En cuanto al tuno del Josesito, ya están prevenidos los peones de la huerta para darle una zurra con unas varas de membrillo. Debe estar por ahí en algún escondrijo, pero no tengas cuidado, lo encontrarán muy pronto. ¡Hola! Cipriano, sube con los muchachos,—gritó D. Pedro abriendo la puerta de la sala.

—No hay que gritar mucho, Sr. D. Pedro,—dijo Arturo abriendo la puerta del costurero, y presentándose en la sala.

—¡Arturo!—exclamó D. Pedro.

—El mismo, que viene, no á hacer el papel de seductor, sino á pedir á usted, que es el protector de esta señora, su consentimiento para que se case con mi amigo José. Bastante ha sufrido el pobre muchacho, y es digno de ella. No hay que tener miedo, Josesito; adelante.

José salió del costurero con un aire resuelto, se sentó ante D. Pedro; éste quiso salir al corredor á gritar á los criados, pero Arturo le impidió el paso.

—Como siempre en estos lances suele haber sus pedregros, no hemos venido solos;—y esto diciendo, Arturo y Josesito sacaron de su bolsa unas pistolas.

—Pero este es un complot, una maldad,—exclamó D. Pedro abriendo los ojos y mirando si podía salir por la puerta.

—Es un golpe de teatro, como quien dice.

—Es una infamia de esta mujer ladrona, miserable.

—Ningún deseo tenía yo de perjudicar á usted, señor D. Pedro, y antes bien reconocía yo sus favores y el dinero que me daba; ahora que delante de estos señores me insulta y me injuria, me considero sin compromiso alguno. Ya veremos; arriesgaré el todo por el todo.

—¿Hay tintero y papel, Celestina?—preguntó Arturo.

—Lo traeré al momento.

—Muy bien,—contestó Arturo.—Ahora, Sr. D. Pedro, hácedme el gusto de sentaros un momento y terminaremos en buena amistad nuestro negocio.

D. Pedro se sentó y Celestina volvió con papel y con recado de escribir.

—Como os he dicho, no tengo más objeto en esta casa que arreglar el casamiento de mi amigo: hecho esto, en ninguna otra cosa os molestaré. Escribid lo que os dicte.

D. Pedro, atemorizado por el aplomo y tranquilidad con que hablaba Arturo, obedeció y se arrimó á escribir á la mesa redonda. Arturo le dictó la siguiente carta:

Sr. D. José del Canto.—Muy Sr. mío: Cerciorado de que usted es un joven honrado y juicioso, consiento en que contraiga matrimonio con mi pupila la señorita Celestina, contando con que en ello tendré mucho gusto, y les dispensaré mi protección en cuanto se les ofrezca.—Quedo su afectísimo S. S. Q. S. M. B.—
Pedro P.***

—Si esto me hubiesen dicho desde un principio Celestina y José, yo lo habría hecho; aquí está la carta y de veras tengo mucho gusto en ello.

—Mucho me alegro, Sr. D. Pedro, y ya sabía yo que habíamos de quedar amigos; pero esperad, falta aun otro documento muy corto. Tened la bondad de ponerme un recibo de toda la suma que Celestina os debe por precio de esta casa y sus muebles.

—Ese recibo no lo pongo,—interrumpió D. Pedro con cólera y tirando la pluma.

—Es que os volaré la tapa de los sesos si no lo ponéis,—replicó Arturo poniéndose en pié.

—¡Pero esa es una violencia! ¿y la justicia?...

—Caballero,—dijo Arturo con firmeza;—hombre solo, pobre y sin amigos, mujer, ni querida, nada tengo que perder, y estoy resuelto á todo. Conque escribid, si no... reflexionad que después de muerto, de nada os servirá lo que haga la justicia conmigo... además, que podremos decir que se escapó un tiro. Quizá no os dará la bala en la cabeza, pero una pierna ó un brazo roto... ya veis, eso duele mucho.

—¡Ah! pero vos no lo haréis; esa es una chanza, además esto no es mío, es de Teresita y yo no puedo disponer...

—Teresa ha muerto, Sr. D. Pedro, y no tiene ningún heredero.

—No, Teresa no ha muerto, Sr. Arturo. Es verdad que lo han dicho así; pero yo no lo creo, eso no puede ser, y ya he mandado un dependiente para...

—En mis brazos murió, Sr. D. Pedro; pero, si no basta mi palabra, aquí casualmente tengo el certificado de la cura.



—Escriba V. Sr. D. Pedro, dijo Arturo.

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Arturo sacó de la bolsa un papel y lo entregó á D. Pedro, el cual lo leyó y se llevó el pañuelo á la ojos, diciendo:

—¡Es verdad, es verdad; la pobre criatura estará ya en el cielo!

—Ya veis, no hay nadie que pueda reclamaros.

—Firmo,—dijo D. Pedro fingiéndose enternecido,— por vos, por los servicios que le prestasteis á mi pobre hija; pero deseo saber algunos pormenores. ¿Cómo vino de la Habana? ¿Por qué en vez de irse á la hacienda de la Florida no vino á México? Contadme, contadme todo, Sr. Arturo.

D. Pedro exprimía los ojos y se los restregaba con el pañuelo sin lograr que asomase una lágrima.

—Todo os lo contaré; pero necesitamos tiempo para ello: concluiré este negocio y os prometo pasar á vuestra casa dentro de una semana. Por ahora la prudencia aconseja que os retiréis de esta casa. Celestina y vos solos no tendrían un rato muy agradable, y puesto que las cosas están ya hechas, lo mejor es terminarlas de una manera pacífica.

Celestina, D. Pedro y Josesito estaban atónitos y no podían explicarse cómo en unos cuantos minutos se había desenlazado de una manera tan inesperada un drama tan complicado: sólo Arturo conservaba su aplomo y sangre fría; pero temiendo perderla procuró que terminase la escena, y haciendo á D. Pedro una respetuosa cortesía le indicó la puerta. El tutor, sudando y apretando los puños de rabia, pero con su habitual y falsa sonrisa se apresuró á corresponder las caravanas del joven y bajó las escaleras de dos en dos escalones, á pesar de su edad y de la torpeza de sus movimientos. Artu-

ro y Josesito, mientras que D. Pedro bajaba las escaleras, corrieron al balcón, y así que lo vieron montar en el coche y salir de la arquería cerraron y se metieron á la sala.

—Sois, no mi amigo, sino mi hermano, mi protector, mi padre, mi todo,—dijo Josesito saltando al cuello de Arturo;—me habéis dado en un momento una dicha que yo no esperaba en la tierra... ¡Celestina! ¡bien mío! ¡Arturo!... ¡Oh! Yo me vuelvo loco de placer.

En efecto, Josesito no se desprendía del cuello de Arturo sino para abrazar á Celestina, la cual no volvía en sí de la sorpresa, ni quería creer lo que pasaba, figurándose que todo era un sueño.

—Si D. Pedro no acierta á marcharse tan pronto,—dijo Arturo haciendo señal á Josesito de que se sentase y se estuviese quieto,—todo se echa á perder, pues ya me reventaba la risa en los labios; mas, puesto que la comedia ha surtido un efecto mágico y que á la verdad yo no me esperaba, es necesario no perder un momento, porque sin duda D. Pedro cuando reflexione no se conformará con lo hecho y tal vez pondrá en planta alguna nueva infamia que no podamos evitar. Es necesario preveniros para el ataque y acabar de una vez con este hombre.

—En medio de mi alegría, Sr. Arturo,—dijo Josesito,—no tengo más que un motivo de disgusto y de tristeza.

—¿Cuál es? Dímelo al momento,—interrumpió Celestina alarmada.

—No quisiera yo ni la casa ni los muebles, ni nada de lo que pertenece á este hombre: te quiero á tí sola, Celestina, con tu traje sencillo y limpio, el mismo acaso que tenías la memorable noche en que salimos de esta casa.

—Todo es del Sr. Arturo, Josesito: á él pertenece una parte de la riqueza de D. Pedro.

—No comprendo á la verdad, Celestina.

—Es muy fácil, las alhajas de la señora fueron depositadas en casa de D. Pedro, incluso un fistol muy hermoso de diamantes que yo me empeñé en que me regalase D. Pedro y por lo cual reñimos. Tenía la idea de lucirlo en mi pecho, de causar con esta alhaja la envidia de las orgullosas señoras de México; pero me proponía también conservarlo para entregarlo en la primera oportunidad al que yo sabía que era su legítimo dueño y que veía yo á menudo en el teatro y en el paseo.

—¡Es cosa extraña!—dijo Josesito;—¿y cómo no me habías hablado de esto? ¿cómo no me hiciste alguna pregunta cuando me viste esa alhaja en la camisa?

—Adiviné al momento que te la había prestado D. Pedro, y de intento las veces que pudimos hablarnos no quise pronunciar ni una sílaba sobre este particular, porque te quería á tí, nada más que á tí. Nuestros momentos siempre han sido muy cortos; hemos debido decirnos tantas cosas, que aun no nos hemos dicho, que no es extraño... además, yo quería guardar este secreto, porque siempre he tenido miedo de decirlo. Los pleitos, los jueces, las declaraciones, todo lo que yo he oído decir sobre esto me asusta tanto, que jamás he querido exponerme á estas cosas.

—Pero hasta ahora no comprendo, Celestina, como...

—Es muy fácil. La única persona que posee el secreto soy yo. Cuando el señor padre de usted fué lleno de afición á depositar las alhajas en poder de D. Pedro, yo le acompañé y llevé dos cofrecitos de carey donde estaban encerradas: me quedé en un gabinete y escuché

la conversación. Ya comprenderéis, Sr. Arturo, que una vez que el fistol hubiese estado en mi poder, tenía yo la prueba en las manos contra D. Pedro, porque con sólo llamar á usted y hacerlo que lo reconociese y dar las señas de las demás alhajas y de los baulitos todo se descubriría. De esta manera este hombre temible estaba siempre sujeto á mí... ya ve usted, las mujeres somos tontas y no sabemos de leyes; pero para estas cosas discutimos un poco delgado. Me ofrecía coches, caballos frisonos, dinero, todo y yo no quería ninguna otra cosa más que el fistol.

—Y dime, Celestina, ¿en caso necesario podrías declarar bajo de juramento lo que sabes?

—Ya he dicho, Sr. Arturo, que tiemblo de pensar sólo en esto; pero todo lo haré por la memoria de la señora y por usted. No sé si haré un acto de ingratitude con D. Pedro; pero si usted y José consideran que lo debo hacer diré con toda la verdad lo que sé.

—Bien, muy bien, Celestina; eres una noble criatura, y ahora comprendo por qué mi madre te amaba tanto: ya hablaremos de esto, lo que importa ahora es asegurar lo hecho. Es necesario que esta tarde misma, con todas las alhajas y cosas manuales que puedas cargar, te mudes de esta casa. Josesito en el día de mañana, con el dinero necesario en la mano, correrá las diligencias en el arzobispado y en el curato, y mañana mismo se casarán ustedes. Los derechos legales de esposo darán á Josesito vigor y fuerza para defenderse: además, yo siempre que me lo permitan mis propias atenciones, velaré por ustedes y los ayudaré en cuanto pueda.

Josesito saltó de nuevo al cuello de Arturo y poco faltó para que lo ahogara. Celestina le tomó la mano

se la besó con efusión. Arturo; haciendo el papel de hombre de edad y de mundo, abrazó á los novios, deseándoles en el nuevo estado todo género de felicidades, y asegurándoles que él, que era el verdadero dueño de la casa, muebles y demás, les haría á su tiempo una donación que no pudiese causarles vergüenza ni remordimientos. En un momento acabaron de concertar todo el plan, y en la tarde Celestina ocupaba ya provisionalmente una decente habitación de la calle de San Andrés, y la casa de la Ribera de San Cosme, con los muebles que no se habían podido sacar, quedaba bajo el cuidado de dos rancheros de confianza que Arturo se había traído de la hacienda de la Florida. Este incidente, como debe suponerse, ocupó todo el día á nuestros amigos; pero en la noche, satisfechos y de buen humor, se dirigieron á la casa de Florinda.